

¡COLOMBIA, LEVÁNTATE DE NUEVO!

A la memoria de quienes partieron y en homenaje a quienes arriesgaron su vida para salvar otras

Hoy tomo mi pluma para escribir estos profundos versos.

Y, como alguna vez escribió Neruda,
hoy podría escribir los versos más tristes;
pero no quiero escribir solamente tristeza.

Quiero escribirle a mi Colombia.

A esa Colombia bella
que hoy llora entre las ruinas,
que busca a sus hijos debajo del polvo,
que abraza a sus muertos
y que, aun con el corazón partido,
sigue buscando una razón para levantarse.

Hoy la tierra tembló.

Un siete punto cuatro
sacudió el occidente de nuestra patria
y, por un instante,
pareció que hasta las montañas
habían aprendido a llorar.

No fue solamente un número.

Fue el grito de una madre,
el silencio de un padre,
el llanto de un niño,
la casa que dejó de ser hogar,
la escuela que quedó en silencio,
el abrazo que no alcanzó a darse,
la vida que se apagó
en medio de las ruinas.

Por eso hoy inclino mi corazón
ante quienes partieron.

Ante cada víctima.

Ante cada familia que hoy pregunta
por qué tuvo que suceder.

Que nadie los olvide.

Porque una patria también se construye
con la memoria de sus muertos.

Hoy no quiero hablarles solamente
a quienes están de pie.

Quiero hablar también
a quienes ya no pueden escucharnos.

A ustedes les decimos:

Colombia no los olvidará.

Sus nombres quedarán escritos,
no sobre una piedra fría,
sino sobre la memoria de una nación.

Pero entonces...

en medio del dolor,

Colombia volvió a mostrar su verdadero rostro.

Mientras unos lloraban,
otros corrían hacia las ruinas.

Mientras el miedo gritaba,
los rescatistas respondían.

Bomberos, médicos, enfermeros,
socorristas, organismos de emergencia,
fuerza pública, voluntarios,
campesinos, vecinos, jóvenes,
hombres y mujeres comunes
que hicieron cosas extraordinarias.

Héroes con uniforme.

Héroes sin uniforme.

Héroes que cavaron con las manos.

Héroes que pasaron noches sin dormir.

Héroes que entraron donde otros temían entrar
para encontrar, debajo de toneladas de concreto,
lo más sagrado que puede tener una nación:

una vida humana.

A ustedes,

gracias.

Gracias por no rendirse.

Gracias por buscar vida
cuando todo parecía muerte.

Gracias por recordarnos
que todavía existe algo
más fuerte que el miedo:

la solidaridad.

Y entonces, Colombia,

volví a verte hermosa.

No por tus montañas.

No por tus dos océanos.

No por tus ciudades.

No por tus paisajes.

Te vi hermosa
cuando dejamos de preguntarnos
quién era el otro.

Cuando dejó de importar
el color de la piel,
el apellido,
la región,
la riqueza,
la pobreza,
la ideología,
la cultura,
la etnia
o la diferencia.

Cuando simplemente dijimos:

“Es colombiano.”

“Es colombiana.”

“Es mi hermano.”

“Es mi hermana.”

¡Qué hermosa te ves, Colombia,
cuando te unes!

Porque entonces comprendemos
que debajo de nuestras diferencias
late un mismo corazón.

Y ese corazón comienza hoy
en el Chocó.

Chocó...

tierra del Pacífico,
tierra de ríos profundos,
de selvas inmensas,
de pueblos afrocolombianos e indígenas,
de una riqueza cultural
que ninguna pobreza puede borrar.

Chocó,
que tantas veces has conocido
el abandono,
el silencio
y la indiferencia,

hoy el país entero
debe mirarte a los ojos.

Porque esta vez la tierra tembló allí,
pero hace décadas
que muchos de tus hijos
han vivido otros terremotos:

el terremoto de la pobreza,
del abandono,
de la violencia,
de la exclusión.

Y hoy Colombia tiene
una deuda contigo.

No una deuda de lástima.

Una deuda de dignidad,
de justicia,

de oportunidades
y de memoria.

Desde allí,
desde tus montañas y tus ríos,
la esperanza comienza a caminar
hacia Pereira:

la Querendona, Trasnochadora y Morena,
la Perla del Otún.

Pereira,
ciudad que conoce también
el lenguaje de la tierra estremecida,
hoy abre sus brazos
como quien dice:

“Aquí estamos.”

Y más al sur...

Cali.

La Sucursal del Cielo.

Cali,
la de la salsa y la alegría,
la de los barrios que aprendieron
a convertir el dolor en música,
la ciudad que tantas veces
ha recibido a quienes llegaron huyendo
de la violencia y del abandono.

Cali...

hoy no eres solamente
la Sucursal del Cielo.

Hoy eres también
una puerta abierta a la esperanza.

Y desde Cali,
desde Pereira,
desde Chocó,
desde el Valle del Cauca,
desde cada pueblo,
cada vereda,

cada barrio,
cada montaña,
que se escuche una sola voz:

¡Colombia no está sola!

Porque esta tragedia
también nos obliga a mirar
una herida más antigua.

Nuestra deuda histórica
con las llamadas *zonas rojas*.

Con esos territorios
donde durante décadas
la muerte caminó por las calles,
donde la infancia conoció las balas,
donde el miedo fue cotidiano,
donde el desplazamiento
rompió familias,
donde la miseria y el abandono
parecían haberse convertido
en destino.

Pero no.

Ellos también resistieron.

Ellos también sembraron.

Ellos también levantaron escuelas.

Ellos también construyeron hogares.

Ellos también perdonaron.

Ellos también volvieron a empezar.

Por eso hoy debemos comprender
que hay colombianos
que llevan décadas viviendo
su propio terremoto.

Y, aun así...

siguen de pie.

Por eso esta tragedia
no puede dejarnos solamente
más tristes.

Debe dejarnos
más humanos.

Debe enseñarnos que Colombia
no puede volver a mirar
a ningún territorio
como si fuera territorio ajeno.

Porque no existen
colombianos de primera
y colombianos de segunda.

Colombia es una sola.

Una nación multicultural.

Multirracial.

Diversa.

Hermosa en sus contrastes.

Una nación que ha escrito
muchas páginas de su historia
con tinta de sangre.

Una nación que sobrevivió
décadas de conflicto armado.

Que conoció el narcotráfico.

Que conoció el miedo.

Que conoció el desplazamiento.

Que conoció la muerte.

Y, sin embargo...

aquí estás, Colombia.

Aquí sigues.

No pudieron contigo.

No pudo detenerte la guerra.

No pudo destruirte el narcotráfico.

No pudieron apagar tu cultura.

No pudieron arrancarte la alegría.

No pudieron matar
la esperanza de tu pueblo.

Porque Colombia tiene algo
que no aparece en ningún mapa:

alma de Fénix.

Cada vez que parece consumirse,
vuelve a levantarse de sus cenizas.

Y de Colombia sigue saliendo gente buena.

Gente que madruga.

Gente que trabaja.

Gente que enseña.

Gente que sana.

Gente que investiga.

Gente que cultiva.

Gente que crea.

Gente que sirve.

Gente que no quiere destruir la patria,
sino hacer patria.

Millones de colombianos
que todos los días,
sin cámaras,
sin discursos
y sin aplausos,
construyen esta nación.

Y quizá por eso
hoy quiero recordarte algo, Colombia.

Algo que está escrito
mucho antes de esta tragedia.

Una promesa que atraviesa los siglos:

“No temas, porque yo estoy contigo;
no desmayes, porque yo soy tu Dios;
siempre te ayudaré,
siempre te sustentaré
con la diestra de mi justicia.”

Isaías 41:10

Y hoy yo la recibo
como una oración por Colombia.

No como una negación del dolor,
sino como una declaración de esperanza.

Porque hasta nuestro Himno Nacional
parece recordarnos
que, en medio de la historia humana,
hay una voz que permanece:

“Comprende las palabras
del que murió en la cruz.”

Hoy, Colombia,
comprendamos esas palabras.

Que nos enseñen a amar
cuando sea más fácil odiar.

A perdonar
cuando duela.

A servir
cuando nadie mire.

A levantar al caído.

A abrazar al que perdió todo.

A convertir nuestras diferencias
en riqueza
y no en trincheras.

Porque quizá el verdadero milagro,
después de un terremoto,
no sea solamente reconstruir edificios.

Quizá el verdadero milagro
sea reconstruirnos como pueblo.

Por eso hoy no quiero decir:

“Colombia está destruida.”

Quiero decir:

Colombia está herida.

Pero está viva.

Llora a tus muertos.

Abraza a tus familias.

Cuida a tus niños.

Levanta tus escuelas.

Reconstruye tus pueblos.

Sana tus heridas.

No olvides a tus rescatistas.

No olvides a tus víctimas.

No olvides a quienes durante décadas
vivieron en nuestras zonas olvidadas.

Y cuando vuelva a amanecer,
cuando vuelva el sonido de los niños,
cuando vuelvan las escuelas,
cuando vuelvan los mercados,
cuando las familias vuelvan a sus hogares,
cuando sobre las ruinas
vuelva a crecer una flor,

recuerda:

no fue solamente el cemento
el que reconstruyó a Colombia.

Fue el amor.

Fue la solidaridad.

Fue la fe.

Fue la esperanza.

Fue la mano de un colombiano
levantando a otro colombiano.

Y entonces volveremos a decir:

¡Oh gloria inmarcesible!

¡Oh júbilo inmortal!

Porque Colombia no será recordada
solamente por la tragedia que sufrió.

Será recordada
por la manera en que respondió.

Y yo, hoy,
tomo nuevamente mi pluma.

No para escribir
los versos de una patria vencida,

sino los versos de una patria
que todavía respira.

Una patria que llora.

Una patria que recuerda.

Una patria que perdona.

Una patria que ama.

Una patria que cree.

Una patria que se levanta.

Y mientras haya un colombiano
dispuesto a tender la mano,

mientras haya un maestro
dispuesto a enseñar,
mientras haya un médico
dispuesto a sanar,
mientras haya un rescatista
dispuesto a buscar vida,
mientras haya una madre
dispuesta a abrazar,
mientras haya un niño
dispuesto a soñar,
mientras haya un corazón
dispuesto a creer,

Colombia seguirá de pie.

Chocó seguirá de pie.

Pereira seguirá de pie.

Cali seguirá de pie.

El Valle del Cauca seguirá de pie.

Y cada rincón de esta patria
que alguna vez fue llamado
“zona roja”

podrá algún día ser llamado:
territorio de esperanza.

Colombia...

hoy te escribo con lágrimas.

Pero mañana,

cuando vuelva a salir el sol
sobre tus montañas,

quiero que recuerdes quién eres.

Eres la nación que cayó
y se levantó.

La nación que lloró
y volvió a cantar.

La nación que fue herida
y aprendió a sanar.

La nación que conoció las cenizas
y descubrió que todavía tenía alas.

Por eso hoy, Colombia,
no temas.

No desmayes.

No te rindas.

Llora si tienes que llorar.

Pero después...

levántate.

Levántate por tus muertos.

Levántate por tus hijos.

Levántate por quienes te rescataron.

Levántate por quienes nunca dejaron de creer.

Levántate por quienes durante décadas
esperaron que esta patria
también los mirara.

Levántate por tu historia.

Levántate por tu futuro.

Levántate porque todavía hay vida.

Todavía hay pueblo.

Todavía hay amor.

Todavía hay fe.

Todavía hay esperanza.

Y mientras exista esperanza,

Colombia seguirá de pie.

¡Colombia,
levántate de nuevo!

Autor:

Gerardo Iván Torres Maya